

ALTAS CUMBRES, IDEAS SANAS

Dice un antiguo aforismo que «El hombre que va a caballo piensa de modo distinto que el hombre que marcha a pie». Si la pequeña ampliación de campo visual que ello supone es bastante para cambiar las ideas, mucho mayor ha de ser el cambio cuando se alcanzan grandes alturas, en el aire o en la montaña.

Vivía la familia Noé, sedentaria y sin horizontes, en un estrecho valle de Armenia —probablemente del Azerbaidjan— cuando la protección divina la lleva a navegar por altos mares diluviales y a tomar tierra en elevado monte. Esto transforma su mentalidad, se convierte en nómada y expansiva, siente apetencia de grandes misiones ecuménicas y sabe cumplir perfectamente la orden de Dios de repoblar la Tierra.

La montaña cura el cuerpo y el alma; parece cual si, a medida que vamos alcanzando cotas más altas, fueran respirando mejor nuestros pulmones, elevándose nuestras ideas y depurándose nuestros sentimientos. No es necesario, para haberlo experimentado, haber traspasado nuestras fronteras, basta haber escalado las cumbres del Pirineo, de Gredos, de Sierra Nevada o del Guadarrama para recordar de qué modo tan grato se desarrollan en las alturas el compañerismo y la amistad, y cómo se ensancha el espíritu al contemplar inmensos horizontes. Nada tiene de extraño, dada la íntima relación que existe entre el alma y el cuerpo, que la intensa oxigenación, el cambio de presión y la mayor pureza de la atmósfera influyan en nuestros sentimientos y en nuestros pensamientos. La Biología y la Fisiología han estudiado el asunto y llegan a admitir la existencia, en cada Continente, de dos razas perfectamente diferenciadas en sus caracteres étnicos: la de montañeses y la de hombres del llano.

La no escasa bibliografía, existente ya, sobre la conquista del «techo del mundo» — el monte Everest, pico de 8.840 metros de altura, en el Himalaya— nos va a proporcionar una confirmación de la tesis. Hombres de distinta raza y nacionalidad se han sentido

hermanados durante la convivencia a siete u ocho kilómetros de altura; sólo al volver al llano la política, con sus exaltados nacionalismos y sus estrechas ideas, logró enturbiar un momento el hermoso ejemplo de la cumbre.

El sherpa Tenzing nos cuenta el entusiasmo del jefe de la expedición, coronel Hunt, y de los demás compañeros, al descender victoriosos de conquistar el pico, Hillary y él: «quien nos hubiera contemplado no podría pensar que existiera diferencia alguna entre sahibs y sherpas. Allí no éramos otra cosa que un grupo de montañeros que habíamos escalado la cumbre de nuestra montaña».

El mismo, al verse presionado por indios y nepalíes para que declarara que había pisado la cumbre un segundo antes que Hillary, respondió: «Qué tienen que ver la nacionalidad y la política con el montañismo. El o yo, ¿qué más da?».

La llegada a la cumbre fué un hermoso acto de estricta deportividad. He aquí cómo la describe Tenzing: «La cuerda que nos unía medía nueve metros, pero yo la llevaba arrollada de suerte que nos separaban menos de dos metros. Yo no pensaba en primero ni en segundo. No me dije: arriba hay una manzana de oro, echaré a un lado a Hillary para ganármela. Hillary pisó el primero la cumbre y yo después; si es deshonra haber llegado un paso detrás de él, pues tendré que vivir con esa deshonra».

El neozelandés Hillary pensó tan poco, a su vez, en la manzana de oro, que habiendo fotografiado a su compañero enarbolando las banderas de la O. N. U., Gran Bretaña, Nepal y la India, rehusó el ofrecimiento del sherpa de retratarle a él. Más tarde, los dos firmaron una declaración concebida así: «Coronamos la cumbre casi al mismo tiempo».

Las diferencias ideológicas se exteriorizaron, tan solo, en gestos rituales: Hizo el indio un hoyo, en la nieve helada, para enterrar en él un trozo de lápiz que le había dado, en calidad de amuleto, su hija menor, Nima, y un paquete de caramelos que llevaba

como ofrenda a los dioses de la montaña, muy golosos; el inglés enterró en el mismo agujero, un crucifijo. Ambos saludaron a las cuatro banderas, ya enhiestas, a cara descubierta, sin las máscaras de oxígeno.

No menos noble que Tenzing se revela Hillary en el relato de la expedición que ha publicado hace pocos días. Con suma elegancia, trata de hacer recaer los méritos y el éxito de la proeza sobre sus compañeros, reduciendo su papel al de un colaborador modesto y secundario.

En esta época de egoismos y de feo materialismo, es muy grato respirar los puros aires del deporte desinteresado; las nobles actuaciones de hombres sanos de cuerpo y de espíritu. Asiste Inglaterra — ¡con qué elegante distinción! — al desmembramiento de su gigantesco imperio, pero mientras los ingleses conserven las virtudes que adornan a sus gentlemen, Inglaterra vivirá.

No se entienda que tales virtudes sean monopolio de una raza o nación; análogas pruebas de hermandad se prodigaron en la expedición suiza al Himalaya, de 1952, en la que el mismo Tenzing salvó una vez la vida al suizo Lambert y fué salvado por éste en otra ocasión.

Muchos millones de hombres modernos hacen vida de colmena; salen del ahogo de

sus estrechas casas para pasarse las horas del día ante un banco de taller o un mostrador, o sentados ante la mesa de una oficina. Quizá no sea exacta la comparación con la colmena, mejor con el termitero, pues las abejas vuelan al sol y liban las flores de los jardines, mientras muchos seres humanos apenas ven la luz solar e ignoran el aroma del tomillo y la lavanda.

Los pies del habitante de la urbe necesitan abandonar, de cuando en cuando, el asfalto para pisar prados, rocas y nieve, con tanta más frecuencia cuanto más dura sea su vida.

En países, como el nuestro, en que las montañas abundan y están cerca de las ciudades, es un dolor ver que sólo pequeñas minorías aprovechan esta ventaja de la cercanía, que evita gastos y esfuerzos excesivos. Por eso, todo aquel que fomenta los deportes de montaña y generalice el montañismo; particulares, sociedades deportivas, entidades bancarias y organismos sociales estatales hace un beneficio a la raza y una obra patriótica y humanitaria. Son muchos más que antes, lo sé, pero pocos en relación con las necesidades de la época, triste, dura y aburrida.

ALFREDO KINDELAN

(DE «ABC», de Madrid)

